

VALLADOLID. EL NORTE DE CASTILLA

Del hospicio a las cocheras

Leopoldo García, un superviviente, cuenta en las jornadas del Ateneo Republicano la crudeza de la vida de los prisioneros en la Guerra Civil

FRANCA VELASCO/VALLADOLID

A sus 87 años, mira de frente al pasado sobre su camisa de cuadros, y eleva su voz para declarar, sin pelos en la lengua, sentimientos, recuerdos y culpables de la nefasta experiencia vivida en Valladolid, ciudad a la que regresa para reencontrar fantasmas.

Aunque en su mirada no parece haber lugar para rencores, conserva en la memoria fechas, nombres, apellidos y adjetivos descriptivos sobre el horror vivido primero en el hospicio de la plaza de la Trinidad y luego en las cocheras de los tranvías, junto al Campo Grande, el lugar que durante la Guerra Civil se utilizó en Valladolid para retener a los oponentes del Ejército Nacional.

Invitado por el Ateneo Republicano en el seno de la III Semana Republicana, Leopoldo García Ortega, nacido en Traspinedo, y residente en Vigo, regresó anoche a la ciudad en la que pasó momentos terribles. «Es emocionante hablar en Valladolid, donde tanto sufrí», dijo al iniciar su charla, «en aquel hospicio, un caserón que daba pena verlo, con centenares de ventanas, pero sin un cristal, donde estábamos llenos de sabañones en invierno y muertos de calor en verano mientras las monjas comían pan especial y vivían bien», narró.

Leopoldo, enamorado de la Segunda República que vio frustradas sus esperanzas con «la maldita Guerra Civil», se atrincheraba en su rebeldía, ya en la adolescencia, y fue sacado a trompicones de aquel centro de pesadilla en el que vivió dos años tan pronto alguien dio el chivatazo, recién cumplidos los dieciséis.

«Fue el ejército a detenernos al hospicio a mi amigo Marcelino y a mí», rememora con ácida sonrisa, «y me llevaron en alpargatas a comisaría, donde nos dejaron tirados como colillas». Recuerda que durante el tiempo que estuvieron esperando, un cabo de los guardias de asalto les compró longaniza y medio pan lechuguino, «eso fue lo que comimos».

Llega lo peor

Pero lo peor estaba por llegar. Del 22 de julio de 1936 al 24 de octubre del 38, los días se hicieron eternos para Leopoldo y Marcelino en las cocheras de tranvías, «uno de los lugares más siniestros del país».

«Lo que sufrimos», evoca, «no se puede explicar; he visto a un falangista orinar en la perola del rancho, y a otro cortar la oreja a un detenido, entre ellos rivalizaban por ver quién nos hacía más daño, hasta que se iban llevando a la gente para fusilarlos en San Isidro o los Pajarillos».

Calcula que por 'cocheras' pasaron más de cinco mil personas, y durante los dos años que permaneció en aquel lugar, siempre hubo una población penal superior a los 1.500 detenidos. «Aquello estaba controlado por dos oficiales del Cuerpo de Prisiones, uno de los cuales era el hombre más sádico que he conocido, y me duele decirlo, pero la guardia estaba compuesta por municipales de Valladolid entre los que no había ninguno humano; hubo una ocasión en que entró un chaval que era yerno de uno de ellos, separado de su hija, y a aquel hombre lo usaron como un juguete», relata

meneando la cabeza.

Durante su estancia en aquella antesala de la muerte, «donde los falangistas entraban de vez en cuando a llevarse a quien les parecía», se celebraron dos 'ruedas'.

«Llamaban así a hacernos dar vueltas delante de una ventana, y el que estaba desde allí mirando, elegía 'el de la camisa azul', 'el del pantalón negro', y a esos era a los que se llevaban». Un día, rememora, llegó una comisión, supuestamente de la Cruz Roja suiza, pidiendo voluntarios para ser intercambiados por presos de la zona roja. «Nos apuntamos cuatro. Los demás se rieron llamándonos inocentes, y no se equivocaron, porque enseguida llegó aquel sádico preguntando quiénes eran 'aquellos valientes', y nos tuvo, en pleno febrero, todo un día con su noche con la mano en alto, en el patio, sin comer ni beber».

Leopoldo no tiene dificultades para reconstruir el día que abandonó aquel lugar. «El 24 de octubre del 38 iba corriendo por el paseo del Campo Grande, como loco, ya no me acordaba de dónde estaba la calle Huelgas. Llegué a la plaza de San Juan, y había unos niños. Pregunté: 'chicos, ¿dónde está la calle Huelgas?' y me reconocieron. '¿Es el hermano de la Alicia!', chillaban, y tuve a catorce o quince chiquillos corriendo detrás de mí hasta casa».